

La Pecadora de la Ciudad



Leonor Díaz Montoya
1898 - Sabaneta



Alcaldía
de Sabaneta



Biblioteca
Pública Municipal
Juan Carlos Montoya Montoya

Plan de Desarrollo Municipal 2024 - 2027 “Sabaneta,
una ciudad al siguiente nivel”

Plan Municipal de Bibliotecas, Lectura, Escritura y
Oralidad “Sabaneta, Palabras Vivas 2022 – 2032”

Alder Cruz Ocampo
Alcalde Municipal

Patricia Restrepo Vélez
Secretaria de Educación y Cultura

Daniel Pareja Rodríguez
Director Administrativo de Cultura

Stiven Carballo Álvarez
**Subdirector de Bibliotecas y Promoción de
la Lectura**

Krystel Carolina León Castillo
Coordinadora de Programas y Servicios

Carlos Mario Díaz Restrepo
Corrección de Estilo y digitación

Diana Hernández Gómez
Diseño y Diagramación

Autora

Leonor Díaz Montoya
1898
Sabaneta, Antioquia

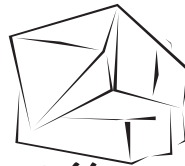
Edición: 1
ISBN: En trámite

© Alcaldía de Sabaneta
© Biblioteca Pública Municipal Juan Carlos Montoya
Montoya, 2025.
Calle 75 Sur N° 45-47 Sabaneta, Antioquia.
<https://biblioteca.sabaneta.gov.co/>

Se permite hacer cualquier tipo de uso de manera parcial o total o por cualquier medio o procedimiento físico, mecánico y/o electrónico, siempre y cuando, se comparta de la misma manera y se cite adecuadamente. No se autoriza su uso comercial.



**Alcaldía
de Sabaneta**



**Biblioteca
Pública Municipal**
Juan Carlos Montoya Montoya

A LOS POETAS DE MI TIERRA

En el dulce concierto de sus voces, en la armonía indefinible producida por sus astros de oro, no habrá de soñar desapaciblemente una voz que quiere unírseles, con sus desacordes notas, sí conociendo la debilidad de su aliento, canta en voz baja, como canto yo.

Mi canto no puede llegar a igualarse, con el de tan clásicos poetas como son los de mi patria, pero lo entono en la seguridad, de que los corazones de los bardos son sensibles como sus cantares y no oirán con desdén el mío.

A ellos consagro las primeras notas de mi laúd, mas no con la pretensión de recoger aplausos que no merezco, ni buscar laureles para corona que no ceñirá nunca mi frente: Sólo me anima el deseo de que mi pobre canto haga resaltar más con su rusticidad los sublimes conciertos de las musas que inspiran a los poetas de mi patria.

La Autora.

Sabaneta, 12 de septiembre de 1.898

LA PECADORA DE LA CIUDAD



CAPÍTULO I

Anatema terrible la separa
de su casa paterna y sus hermanos.
El pueblo, pecadora la declara,
la odian de Israel los soberanos;
pero ella tiene inteligencia clara,
ve, con desprecio los preceptos vanos
y se retira en busca de reposo
a su castillo de Magdala hermoso.

Amar y ser amada, ella pretende,
pero el objeto de su amor ignora:
Es un misterio que ella no comprende,
y al no entenderlo, enternecida llora.
Cada instante en su pecho más se enciende
esa llama de amor que la devora;
todo la hastía, todo la molesta,
hasta el sonido de la dulce orquesta.

Una noche a su cuarto se retira,
llena el alma de tedio y de tristeza,
profundamente con dolor suspira
y baja fatigada la cabeza,
consuelo alguno en derredor no mira,
y el bullicio y placeres y riquezas
no alivian el martirio de su alma.
¡En vano busca la apacible calma!

Por llamar a su sierva, un golpe lento
da con una varilla a una campana,
y al dejarse caer, con desaliento

en su blando diván de hermosa grana,
así murmura con amargo acento:
— ¡Que existencia la mía tan tirana!
Todo me cansa, todo me fatiga.
¡Ninguna cosa mi dolor mitiga!

Entra Tirsa, su sierva favorita,
y le dice: — ¿Qué quieres oh, señora?
— ¡Desátame este manto! ¡Quita, quita,
esta diadema de mi frente...! Ahora
afloja mis sandalias... ¡Oh, me irrita
cuanto veo, cuanto oigo en esta hora!
El olor de tu piel que me recrea,
en este instante, Tirsa, me marea.

¡Vete a mi tocador, toma una esencia!
Sale Tirsa, más vuelve presurosa:
— Cayo Tulio, romano pide audiencia
de despedida a ti, Miriam hermosa.
— Dile que pase. Llena de impaciencia,
frases murmura, con la voz llorosa,
y exclama: — ¡Qué destino tan penoso!
¡En nada encuentro dicha ni reposo!

Entra Tulio: — los dioses inmortales
Te guarden, perla hermosa de Judea.
— Que el santo de Israel de fieros males
Te guarde a ti, mi corazón desea.
Y enjuga de sus ojos los raudales
por un momento la graciosa hebrea,
a Tulio le señala blando asiento,
y él a sentarse pasa en el momento.

— Bella Miriam, me llama un gran destino,
pero vengo a decirte que te adoro.
No emprenderé gustoso mi camino
si antes, señora, tu favor no imploro.
Te amo, Miriam, con un amor tan fino
que, si quieres, mi marcha yo demoro,
para hacerla después más deliciosa
llevándote conmigo por esposa.

— Gracias, Tulio, no puedo complacerte.

— Pero, Miriam, si te amo con locura,
¿Por qué el favor no habré de merecerte
de acoger mis suspiros con ternura?

— Noble Tulio, ¿no sabes que mi suerte
me condena a vivir en amargura?
¿Ignoras el tormento de mi vida?
Lo sabrás, Tulio — añade, conmovida.

— Habla, bella Miriam, porque tu acento
melancólico suena en mis oídos
cual si fuese de un músico instrumento
los acordes y armónicos sonidos.

¿Por qué amarga tu vida cruel tormento?
¿Por qué ahogan tu voz triste gemidos?
Yo con mi amor te puedo hacer dichosa,
pues te adoro, Miriam, como a una diosa.

— ¡Oh, gracias, Tulio, gracias! Solo quiero
confiarte los secretos porque lloro:
Yo nací para amar, de amor me muero,
pero ¿a quién debo amar? Es lo que ignoro.
Nadie puede aliviar dolor tan fiero;
Tulio, tu compasión es lo que imploro;
más ¡ay! Tu amor no debo yo aceptarlo

porque no puedo con amor pagarlo.

Amo con un amor tierno y sincero
a Lázaro y a Marta, mis hermanos,
y ellos me quieren como yo les quiero;
pero el furor de nuestros soberanos*
porque su falsa secta no venero,
porque no acato sus preceptos vanos,
me aleja de su dulce compañía
y lágrimas me arranca noche y día.

*Los que formaban el Sanedrín.

Lázaro es un varón recto, inocente
que por ser justo y santo se desvela;
más el vil Sanedrín dobla la frente
y arrastrarse a sus pies tan solo anhela.
Marta es criatura cándida y paciente
y en servicio de todos corre, vuela,
a la voz de mi hermano siempre atenta,
su alma de santo amor siempre sedienta.

Pero ¡ay! que mis hermanos no comprenden
del Sanedrín la infame hipocresía,
de esos viejos avaros que pretenden
que yo imite su orgullo y su falsía,
y al verme lejos, sin piedad me ofenden,
me insultan y calumnian a porfía...
¡Meretriz de este pueblo me llamaron
y terrible anatema me lanzaron!

Yo, al comprender que Lázaro sufría
mirándome proscrita, excomulgada,
me alejé de su dulce compañía,

de mi hermana y mi plácida morada,
pero en buena amistad y en armonía.
Aún no está rota nuestra unión sagrada,
firmes están de nuestro amor los lazos,
nunca la ausencia los hará pedazos.

— Dulce Miriam, Tiberio es deudo mío.
Vamos a Roma. ¡Por mi amor consiente!
Antes de las calendas del estío
a Judea vendré de presidente,
a Poncio arrojaré del poderío,
y todos al mirarme, ya potente,
se arrojarán rendidos, sin demora,
a los pies de la bella pecadora.

— Noble Tulio, venganza no me inspiran
de esos sectarios los caprichos necios,
el odio y el rencor con que me miran
les pago con desdenes y desprecios.
Hasta a los que por Dios suspiran,
ellos castigan con sus golpes recios,
y yo no quiero de ellos ocuparme
aunque tuviera medios de vengarme.

Enemiga de Dios me han declarado,
y no es así, solo lo sabe el cielo;
yo creo en Dios, un Dios de amor sagrado;
por Él suspiro con ardiente anhelo,
por buscarle, mil cultos he estudiado;
pero solo me dan algún consuelo
los libros de Moisés y los profetas
que no interpreto cual aquellas sectas.

Mi alma apura la pena más terrible porque me
acusas tú de ingrata y fría;
que no hay naturaleza tan sensible, tan ávida de
amor como la mía.

— Pero, Miriam, ¿cómo es, cómo es posible
Que desprecies mi amor, si noche y día
mi amante corazón por ti suspira,
y mi alma ardiente con tu amor delira?

Yo calmaré la sed que te devora,
y esto por una eternidad entera.
— ¡Ya tocaste la espina punzadora,
de mi dolor la causa verdadera!
¡Eternidad! ¡Palabra seductora!
Yo aceptaré tu amor si eterno fuera,
Pero no hay nada eterno en este mundo,
por eso, Tulio, en lágrimas me inundo.

¡Siempre, eterno, infinito! Voces suaves
que aprendemos allá en otras regiones
antes de esta existencia, que tú sabes
se compone de falsas ilusiones.
Hartase el alma de miserias graves
y la mente de engaños y visiones.
¡Triste es vivir sujeto a tantos males,
teniendo aspiraciones inmortales!

Mi alma encendida en devorante fuego
se lanza en pos de amores sin medida,
no puede hallar alivio ni sosiego
en los goces ligeros de esta vida;
como la planta débil y sin riego,
por el sol abrasada y consumida,
se marchita la flor de su esperanza

porque consuelo a divisar no alcanza.

—¡Por los Dioses! Miriam, ese delirio
marchitará tu juventud lozana,
como marchita el sol el fresco lirio
que ostenta su hermosura en la mañana.
Tú misma te condenas al martirio
por ir en pos de una quimera vana:
No existen en el mundo esos amores,
nunca hallarás alivio a tus dolores.

— Te engañas, Tulio, el Dios de las alturas
ninguna cosa pudo hacer en vano;
todo tiene su fin: mis amarguras
terminarán y mi dolor tirano.
Esta sed de placeres y venturas
en que se enciende el corazón humano
tiene origen real y verdadero
en el que rige el universo entero.

— Todo es delirio, aunque cierto fuera,
las miras de los Dioses inmortales
¿quién las puede entender? Esa quimera
dejemos y seamos racionales.
Si tu amor y tu mano consiguiera,
yo fuera el más feliz de los mortales.
¡Oh, los Dioses no fueran tan dichosos
como Tulio en tus brazos deliciosos!

— ¿Por qué mi juventud y mi belleza
te prometen placeres y ventura?
¿No miras que del tiempo la fiereza
me robará mi tez y mi frescura?
Y aunque digas que soy por mi nobleza

de ti adorada, y no por mi hermosura;
¡ay, Tulio, la vejez lo arrasa todo
y solo deja miserable lodo!

— ¿Dulce Miriam, disipas mi esperanza?
¿No hay compasión para tu pobre amante?
¿El fuego ardiente de mi amor no alcanza
a ablandar ese pecho de diamante?

— Nada, Tulio, y más bien por tu bonanza,
comprendo que tu amor será constante,
pero no hallo mi dicha en ningún hombre,
ni aun siendo Tulio su gracioso nombre.

Empero, si pudiese estar segura
de con mi amor poderte hacer dichoso,
yo te brindara toda mi ternura,
y el mirarte feliz fuera mi gozo.
Más persuadida estoy que mi amargura
perturbará del todo tu reposo;
solo te ofrezco dirigir al cielo
mis súplicas a Dios por tu consuelo.

Viendo Tulio que todo esfuerzo es vano.

— Adiós, Miriam —le dice conmovido;
ella le tiende su graciosa mano;
él la besa y se aleja entristecido.

— ¡Parte lejos de mí, noble romano!

— Dice Miriam, con su eco dolorido —;
¡que un corazón más noble y generoso
pueda hacerte en la vida venturoso!

CAPÍTULO II



De un terebinto, do la sombra amena,
de su huerto en la calma deliciosa,
leyendo está la hermosa Magdalena;
y con esto, de su alma pesarosa
siente alejarse la profunda pena,
siente una dulce inspiración dichosa.
— Sí, razón tiene Lázaro — murmura —:
estos son mis ensueños de ventura.

Los milagros, la ciencia y la doctrina
de ese varón que la verdad sincera
doquier predica con su luz divina,
no me llamaban la atención siquiera;
más ya sé que las almas iluminan
con la luz de la ciencia verdadera.
— Así dice — prosigue la lectura,
y estas frases la llenan de ternura.

“Soy la verdad, la vida y el camino
que conduce hacia el Padre que me envía;
Él enviará el Espíritu divino
a llenar vuestras almas de alegría;
yo cumpliré gustoso mi destino,
tras lo cual volveré a su compañía,
y vosotros también iréis conmigo
sí transitáis la senda que yo sigo”.

“Venid a mí los pobres y afligidos,
que yo os daré los bienes y el consuelo;
venid a mí, también los oprimidos,
que aliviar vuestros males es mi anhelo.
A curar los enfermos desvalidos

me envió mi Padre desde el alto cielo,
a infundiros la paz y la ventura
y a llenar vuestras almas de dulzura”.

— Este lenguaje tierno y delicioso,
que aleja de las almas la amargura,
es de mi Dios soberano y poderoso,
que derrama doquiera su ternura.
Cual bálsamo celeste y misterioso
son las palabras de su boca pura;
con santo amor a las criaturas ama
a que le sigan, con amor las llama.

Yo iré a buscarle, ante sus pies rendida
me postraré, y en lágrimas bañada
le pediré perdón, arrepentida
de las maldades de mi edad pasada;
pero ¿qué haré si por mi mala vida
me niega ver su celestial mirada?
con llanto regaré sus plantas bellas
hasta ser digna de seguir sus huellas.

Dice, vuelve a leer y entusiasmada
exclama rebosando de alegría:
— Ésta es la religión por mi buscada,
por la cual he llorado noche y día.
¡He aquí el amor! Prorrumpe enajenada,
el amor que buscaba el alma mía;
¡Amor por siempre, siempre! ¡Amor estable!
¡Amor eterno! ¡Amor inagotable!
Dulce es leer cuando el leer consuela
y suaviza el dolor y la amargura;
pero mi alma escuchar su voz anhela,
¡Su voz que infunde júbilo y ventura!

su mirada dulcísima revela
¡Que Él es fuente de amor y de ternura!
Y al decir esto, en la graciosa hebrea
la mirada de fuego centellea.

— ¡Cómo van a reír de mi la gente
que han censurado mi fastuosa vida!
¿Cómo hincarán sus venenosos dientes
al verme entre la turba, confundida,
con esos pecadores inocentes?
más que importa si me hallo persuadida
de que aquel Nazareno carpintero
es el hijo de Dios, ¡Dios verdadero!

¡Oh! Si tuviera la dichosa suerte
de que Él me prodigara su consuelo,
no me aterra ni aún la misma muerte
para seguir sus pasos con anhelo;
porque Él es poderoso y Él es fuerte,
y Él es el que las almas, lleva al cielo,
¡Pero Él es todo cándida pureza
y yo soy toda mísera vileza!

El no querrá acogerme, ¡es imposible!
La maldad de mi vida escandalosa
le llenará de horror irresistible,
y me despreciará por licenciosa:
y entonces ¡ay! qué cosa tan terrible
para mi alma que se halla deseosa
de seguir sus consejos y doctrinas
y oír los ecos de su voz divina.

Reflexiona un momento, y después, llena
de angustia y de dolor triste suspira:

Él no puede acoger a Magdalena,
porque entonces el pueblo, ardiendo en ira,
descargará sobre Él terrible pena,
al ver que, al pecador, clemente mira;
serán verdugos todos los hebreos,
sacerdotes, escribas, fariseos.
más Él, ha dicho que bajó a la tierra,
en pos de miserables pecadores,
y que a la oveja que el camino yerra,
Él la viene a buscar lleno de amores;
que la furia del hombre no le aterra,
que por él sufrirá crueles dolores...
Y Él, que se apiada de quien triste llora,
¡No me despreciará por pecadora!

CAPÍTULO III



Dadme fuerzas, espíritus dichosos,
que de Genezareth en las rizadas
ondas, oísteis, mudos y gozosos,
del Salvador las voces inspiradas,
cuando sus ecos suaves, deliciosos,
las gentes escuchaban extasiadas;
y ayudadme a cantar con melodía
de Israel ¡la dulcísima alegría!

“Han llegado los días de consuelo”,
clama una voz gozosa en las alturas;
y por doquiera, con vehemente anhelo,
todos aguardan bienes y venturas
y alaban con amor al Dios del Cielo,
que suaviza dolores y amargas:
“¡Bendito el hijo de David!” exclaman,
y en regocijo celestial se inflaman.

Todos bendicen, llenos de alegría,
al que en nombre del Dios omnipotente
al ciego hace mirar la luz del día,
y al sordo oír los ecos de la fuente;
al que alza muertos de la tumba fría,
y les infunde vida; al que clemente,
da salud a los míseros que lloran;
al que los cielos y la tierra imploran.

Su mirada dulcísima y divina
al pecador le infunde la esperanza;
su palabra es la luz con que ilumina
la senda de la bienaventuranza;
el que sigue sus pasos bien camina

y Él con sus manos del Empíreo, alcanza
para todos, celestes bendiciones,
con las cuales ablanda corazones.

¡Genezareth, Genezareth dichoso,
que al Salvador has visto por doquiera:
En el bosque sombrío y silencioso,
en el valle florido, en la pradera,
en la áspera montaña, en el frondoso
rico vergel que borda tu ribera...!
¡Oh, no hay un punto en ti donde el obrado
no haya un prodigio grande y celebrado!

Aquí el perdón le da a la cananea,
allá expulsa a los pérfidos demonios,
sobre las aguas de la mar pasea,
al triste le suaviza los insomnios
en hacer bien a todos se recrea,
y da en todo mil claros testimonios,
de ser aquel Mesías deseado,
por los santos profetas anunciado.

A Naím se dirige el Nazareno,
de inmensa multitud acompañado;
el pueblo todo de entusiasmo lleno,
sale a su encuentro en júbilo inflamado,
y al ver su rostro plácido y sereno,
Hosannas gritan de uno y otro lado,
¡Qué cuadro aquel! ¡qué gritos! ¡qué contento!
¡Qué milagros ocurren a su acento!

Detrás de aquella multitud ferviente
va la triste y llorosa Magdalena,
arroyos de sudor bañan su frente,

brotado a impulso de su acerba pena;
ella no grita, silenciosa siente,
de admiración y de entusiasmo llena,
detrás camina, y en su paso lento,
pero Jesús le ocupa el pensamiento.
Lentamente hacia el pueblo se adelanta
murmurando, con gran melancolía:
— Si acaso el Salvador de mi se aparta,
¡Oh, qué tormento para el alma mía,
pero con llanto regaré su planta
hasta que escuche, llena de alegría,
dulces palabras de sus labios tiernos,
para mi sed de amor, cordial y eterno!

De su fiel Tirsa sólo acompañada,
entre la inmensa multitud metida,
con la hermosa cabeza desgreñada,
con pobre, humilde traje va vestida;
aquella planta suave y delicada,
por áspera sandalia está ceñida;
su cuerpo está rendido sin aliento,
¡Tiene que descansar, cada momento!

— ¿Qué te aflige, señora, y te amedrantan?
le dice Tirsa, al verla temblorosa
— ¡Tengo miedo! Responde, y me atormenta
el recordar mi vida licenciosa.
Cuando, su dulce faz se me presenta
¡Tan limpia, tan serena, tan hermosa!
Me considero yo tan miserable
que me lleno de horror inexplicable.

Maldigo mi beldad y mi riqueza,
¡Riqueza vil que al corazón engaña!

¡Quién hubiera nacido en la pobreza,
en el fondo de mísera cabaña,
como esas que le siguen con presteza
porque sus almas la inocencia baña,
y ni cansadas van, ni levan penas,
y a Él se acercan de confianza llenas!
— Pero escucha, señora: ¡qué alegrías
en Naim!... ¡Andan locos de contento!
— Tienen razón: jamás en otros días
han mirado ni oído tal portento.
Sólo yo sufro fieras agonías
y muero de aflicción y de tormento.
¡En medio de tal júbilo y ventura,
sólo yo bebo cáliz de amargura!

Un fariseo tiene preparada
para Jesús riquísima comida,
y a que suba a su espléndida morada,
con súplicas e instancias le convida
Jesús cede a sus ruegos, y en la entrada
la multitud se queda, contenida
por la fuerza de intrépidos jayanes
que son de aquella, casa los guardianes.

Para quien sigue con amor ardiente
a aquel Dios soberano y poderoso,
no existe en el camino inconveniente
que no venza, constante y amoroso;
Magdalena con ánimo valiente,
en busca de consuelo y de reposo,
de perfume repleto lleva un vaso,
y los guardias al verla le abren paso.

Asómbrense de verla así cambiada,
y en casa de Simón el fariseo,
a aquella gran señora tan nombrada
por su lujo y su vida de recreo;
y al verla aproximarse fatigada,
en busca de Jesús el Galileo,
todos, todos la miran con sorpresa,
recordando ¡su orgullo y su grandeza!
la joven se adelanta silenciosa,
por tristes pensamientos dominada;
por ver al Salvador suspira ansiosa
a nadie mira ni se fija en nada,
y al entrar en la sala, temblorosa
hacia Jesús dirige la mirada,
y siente el alma rebosar de gozo,
porque Jesús la mira, cariñoso.

Se arroja entonces a los pies divinos
de quien el mar de su dolor sosiega
al mirarla con ojos tan benignos,
y con llanto copioso los anega;
con sus cabellos dóciles y finos
los enjuga, y con bálsamo los riega,
y hasta el suelo se inclina fervorosa
por besar de Jesús la planta hermosa.

Jesús al punto, por piedad movido,
al verla así, rendida por el suelo,
aplicando sus labios al oído
de la joven; la llena de consuelo.
El fariseo astuto, sorprendido
al ver que sin temor y sin recelo
Jesús acoge aquella escandalosa,
se dice, con sonrisa maliciosa:

“Este hombre no es profeta, porque ignora
que esa que mira ante sus pies postrada,
esa mujer que tanto gime y llora,
por su maldad de todos despreciada,
es la más vil e indigna pecadora
de Israel, por los sabios declarada:
Él, al oído aplícale la boca
porque ignora quien es la que lo toca”.

Más Jesús, que corrige los errores
lento de suavidad y de dulzura,
y penetra los juicios interiores,
al ver que el Fariseo le censura,
le pregunta: Simón, si a dos deudores
un acreedor perdona, con ternura,
¿Cuál debe serle más agradecido
si deudas desiguales le han debido?

— Señor, yo pienso que el que más dinero
debía pagarle más amor le debe.
— Piensas muy bien, y yo mostrarte quiero
lo que a piedad el corazón me mueve:
¿Has mirado el amor grande y sincero
de esta mujer de cuyos ojos llueve
una fuente de lágrimas copiosa
con que riega mis plantas amorosas?
Agua para lavarme no me diste,
pero ella con su llanto me ha lavado;
tú los pies a besarme no viniste,
más ella con amor los ha besado,
y después de esas lágrimas que viste
con sus largos cabellos me ha enjugado;
por lo cual, en verdad Simón te digo
que la perdono y su dolor bendigo.

Y volviendo a la joven su mirada,
le dice con acento majestuoso:
— Todas las culpas de tu edad pasada
has lavado con llanto bien copioso
te ha salvado el amor, no temas nada,
vete en paz y disfruta de reposo.
Y entonces un torrente de alegría
derramase en el alma de María.

Al fuego de tan gratas emociones
su complexión ya débil, se rehízo
al escuchar tan tiernas expresiones,
la tierra transformase en paraíso
para aquella que, llena de aflicciones,
sus pecados, con lágrimas deshizo,
y sus labios repiten con agrado:
“¡No temas, el amor hoy te ha salvado!”

¡El amor! ¡el amor! Repite llena
de dulce encanto y celestial ventura;
¡El amor! ¡el amor! ¡fuerte cadena
que liga al hacedor con sus criaturas!
¡Este amor me transporta y enajena!
¡Ha trocado en delicias mi amargura!
¡He encontrado el objeto de mi anhelo:
poder amarle es todo mi consuelo!

A Él sólo amaré mientras yo viva,
y será amarle mi único recreo;
ser quiero, rica o pobre, su cautiva,
de dolor moriré si no lo veo;
la llama de mi amor tanto se aviva,
que estar con Él es todo mi deseo,
porque prefiero con su amor el llanto,

¡A la dicha sin ver su rostro santo!

Pero amor tan intenso y encendido,
enlazado a respeto tan profundo,
hasta entonces jamás había existido
sino en aquel, carácter sin segundo,
¡Carácter singular! Nadie ha tenido
un corazón igual en este mundo,
un corazón que abrigue sentimientos
¡Tan tiernos, y tan altos pensamientos!

Ya punzantes dolores no atormentan
el corazón y el alma de María;
de Jesús las palabras la alimentan,
y en contemplar su rostro se extasía;
De Jesús las miradas más aumentan
en su pecho el encanto y la alegría;
llena de gracia celestial, su alma
en paz disfruta bienhechora calma.

Aquella tierna joven, tan sensible,
a quien los pliegues de una cinta suave
y un mal olor apenas perceptible
ocasionaban un martirio grave,
se viste de cilicio... ¡no es creíble!
Pero en su ardiente pecho todo cabe,
y se somete, llena de paciencia,
a dura y espantosa penitencia.
Cruel cilicio con amor se viste,
para borrar con eso en su memoria
de los deleites el recuerdo triste,
de su primera edad la triste historia;
cuando su débil cuerpo se resiste,
su alma fuerte consigue la victoria,

porque Jesús acude en el momento
a darle fuerzas, con su dulce acento.

A la mansión tranquila y deliciosa,
que en otro tiempo abandonado había,
a Betania, se vuelve presurosa,
llena de gracia la feliz María;
su conversión, tan tierna y fervorosa,
infunde en sus hermanos la alegría,
y al estrechar los lazos fraternales
goza nuevos, contentos, celestiales.

Engolfada en delicias inefables,
a la sombra de aquel hogar querido,
escucha los consejos saludables
del Salvador, con gozo indefinido,
y alcanza con sus ruegos incansables
y con su llanto, al de su hermana unido,
que de la tumba se levante sano
con nueva vida su querido hermano.

Allí Jesús benigno y generoso,
de aquellas almas el dolor suaviza
abriendo aquel sepulcro pavoroso
y animando la gélida ceniza;
También allí con tono majestuoso,
con palabras solemnes profetiza
que aquella pecadora tan nombrada
sería por todo el mundo celebrada.

Ella, de más amor siempre sedienta,
se entrega a penitencia rigurosa,
más se aviva su fe, más se acrecienta,
y su existencia es suave y deliciosa;

pero ¡ay! aquella escena tan sangrienta,
del Gólgota la escena dolorosa,
le llena el alma de dolor profundo
¡Al ver morir al Salvador del mundo!

Al escuchar la ronca vocería
y el furor de los crueles enemigos,
en aquel triste y pavoroso día
a Jesús abandonan sus amigos,
que llenos de terror y cobardía,
aléjense temiendo los castigos;
sólo sigue la vía dolorosa
¡La Magdalena, firme y amorosa!

No la rinden los recios empellones
del ciego pueblo que furioso avanza,
ni la aterran las fieras maldiciones
de las turbas sedientas de venganza,
a la madre, que llena de aflicciones
y traspasada con acerba lanza,
sigue a su hijo llena de amargura,
ella acompaña llena de ternura.

Paso a paso, en la lúgubre montaña
siguiendo van la ensangrentada huella;
Magdalena a la Virgen acompaña
y bebe el cáliz del dolor con ella;
y al ver la sangre que en arroyos baña
de su amado Jesús la frente bella,
de horror y santa ira se estremece
y casi, casi, de dolor fallece.

Tiembla de espanto la escarpada cumbre,
bajo la planta del Criador potente
que lleno de humildad y mansedumbre,
se deja escarnecer de inicua gente.
Llega hasta allí la fiera muchedumbre,
serena, a ver morir al inocente;
Pero llena de horror: naturaleza
da señales de espanto y de tristeza.

No hay martirios, no hay penas, no hay rigores
que iguallen el martirio de María.
Cuando ve de su hijo los dolores
en aquellas tres horas de agonía,
ultrajado por viles opresores,
insultado con burlas e ironía;
y sólo por estar de gracia llena,
pudo sobrevivir a tanta pena.
La Magdalena escucha enternecida
los tristes ayes de dolor profundo,
que con voz fatigada y dolorida
exhala su Maestro moribundo.
Al acabarse de Jesús la vida,
se acaba su consuelo en este mundo;
por eso de Jesús las convulsiones
¡Le arrancan espantosas maldiciones!

A impulsos del dolor que la arrebatara,
rayos de fuego al cielo pide ansiosa,
para extinguir aquella turba ingrata,
aquella raza pérfida, alevosa
que con insultos a Jesús maltrata
en aquella agonía dolorosa;
y con el rostro en cólera encendido,
maldice al pueblo ingrato y atrevido.

La Virgen da un suspiro prolongado;
Magdalena de espanto palidece
al comprender que todo consumado
está, pues que María desfallece,
el Universo todo, trastornado
con fuertes convulsiones, se estremece;
todo pasma y espanta, todo aterra
al morir el Creador de cielo y tierra.

Se cubre el sol con nubes tenebrosas;
doquier se escuchan pavorosos ruidos;
los vientos, en corrientes impetuosas,
aterran, con sus fúnebres bramidos;
se levantan los muertos de sus fosas,
y entonces los verdugos, confundidos,
se alejan llenos de terror y espanto,
porque han hecho morir al Hombre santo.

Los ve María; la profunda pena
que tiene en su alma, en ese instante olvida,
como madre piadosa de amor llena,
por ellos ruega al Hijo enternecida,
y en tanto la impetuosa Magdalena
con ronca voz exclama enardecida:
¡Ruge, tierra y arrastra hacia el averno
la raza humana al fuego sempiterno!

Hacia la tumba que a Jesús encierra
va Magdalena en noche silenciosa;
ni el furor de los príncipes la aterra
ni el horror de la cueva pavorosa;
A quien siguió constante por la tierra,
quiere rendirle culto hasta en la fosa,
y para ungir el cuerpo de su amado

lleva un perfume grato y delicado.

¡Ah! Pero no le encuentra.... ¡está vacío
el cofre que guardaba su riqueza!
Al hallar solo aquel sepulcro frío,
cúbrase su alma de mortal tristeza.
“¿En dónde estás, oh, dulce Jesús mío?”
exclama, y luego inclina la cabeza,
y en derredor de la caverna oscura
pasa las horas, llena de amargura.

Al día tercero en el sepulcro santo
ve dos ángeles llenos de hermosura
que le dicen: Mujer ¿por qué ese llanto?
¿Qué cruel pesar tu corazón tortura?
y ella responde: porque el dulce encanto
de mi existencia, el que era mi ventura;
estaba en esta tumba y lo han quitado
y el punto ignoro donde lo han guardado.

En forma de hortelano se presenta
el Salvador, con faz desconocida,
y le dice: Mujer, ¿qué te atormenta?
¿Por qué lloras doliente y afligida?
— Señor ¿en dónde está? nadie da cuenta —
responde ella con voz desfallecida,
sin pensar en el colmo de su pena
que es su respuesta a la pregunta ajena.

Jesús entonces, lleno de ternura,
dando a su voz el tono acostumbrado,
—¡María! — Le dice, y loca de ventura
grita ella al punto: ¡Mi Maestro amado!
el Salvador añade con dulzura

—Di a mis amigos que he resucitado.
Y de tan grata nueva, embajadora,
corre feliz la amante pecadora.

Dulces horas de plácido contento
goza después oyendo enajenada
del Redentor el delicioso acento.
A sus plantas en éxtasis sentada
lo ve después radiante por el viento,
subir glorioso a la mansión sagrada,
y ve colmados de simpar consuelo
a los amigos que dejó en el suelo.

Baja luego el Espíritu divino
y el colegio apostólico ilumina,
y cada cual siguiendo su camino
va a predicar la religión divina;
Magdalena comprende su destino
y a cumplirlo gustosa se encamina,
y en frágil navecilla van con ella
sus piadosos hermanos a Marsella.

Lázaro allí con santo ardor predica
del Salvador la religión sagrada;
la dulce Marta al claustro se dedica
e inicia así la vida retirada;
Magdalena en un monte se fabrica
habitación tranquila y sosegada,
donde treinta años pasa de existencia,
entregada a severa penitencia.

A bendecir a Dios omnipotente
y cantarle alabanzas noche y día,
consagrarse la santa penitente

en aquella mansión triste y sombría,
y oír merece anticipadamente
las músicas del cielo y la armonía,
porque en dulce sublime arrobamiento
los ángeles la elevan por el viento.
En pago de la acción tierna y piadosa
de enjugar a Jesús con sus cabellos,
de manera admirable y prodigiosa
para cubrir su cuerpo aumentan ellos.
¡Cuando más penitente más hermosa!
y bella cual los ángeles más bellos,
al cielo sube al terminar su vida
aquella pecadora arrepentida.



LEONOR DÍAZ MONTOYA
1898
SABANETA